

Forum de Biarritz – Encontros Europa/América Latina

Mário Soares

Empiezo por agradecer al señor alcalde de Biarritz, senador Didier Borotra y al presidente Ernesto Samper, mi querido amigo, por esta tan amable invitación para participar en el prestigioso 7º Forum de Biarritz. Es para mí un honor y un placer estar con vosotros, en mi triple calidad de ciudadano portugués, ibérico y europeo, muy atento a la tan compleja realidad latinoamericana.

Siempre fui de la idea que el desarrollo de las relaciones económicas, políticas y culturales entre América Latina y la Unión Europea son mutuamente provechosas –diría incluso esenciales – para los dos lados: la Unión Europea y América Latina, dos polos diferenciados, pero con muchas raíces comunes, de la entidad que nosotros llamamos Occidente, donde en el primer polo naturalmente están los Estados Unidos. Los diferentes pueblos de la Península Ibérica –como sus dos Estados, España y Portugal – , por razones históricas, lingüísticas, culturales y geopolíticas tienen, una sensibilidad especial para entenderla. Pero los otros países del sur de Europa, así como los del centro, como Francia, Alemania y el Reino Unido, por razones históricas y por los flujos migratorios, hoy en día también están en los dos sentidos muy atraídos para la reaproximación con América Latina.

En un mundo que perdió el sentido de un orden mundial coherente – y cuando este nuevo siglo se convierte en una creciente complejidad – en el cual, la globalización económica y sus consecuencias negativas para muchas regiones y el terrible fenómeno del terrorismo global, son motivos de enormes incertidumbres y de un buen número de polémicas y preocupaciones, que pusieron en comparación los tres polos del occidente – Estados Unidos, Unión Europea y América Latina – , su falta de unidad y de solidaridad, esenciales para el futuro del occidente, sus valores, que se pensaban comunes, perdieron su valor por la falta de respeto de los Estados Unidos como consecuencia de la “guerra” contra el terrorismo y la invasión de Irak sin el aval de las Naciones Unidas... En efecto, las prisiones de Guantánamo y de Abu Ghraib, las torturas de prisioneros, detenidos durante largos meses, sin proceso, sin acusación previa y sin abogado, los vuelos secretos transportando los presumibles terroristas y la existencia, reconocida por el Presidente Bush, de prisiones secretas en territorio extranjero, representan varios atentados contra el Derecho Internacional y los Derechos Humanos que ponen en causa los propios fundamentos de nuestra civilización occidental. Pero debemos igualmente criticar la omisión de la Unión Europea ante todos los conflictos del Medio Oriente. Podemos también preguntar si

el Occidente, como expresión que implica una serie de valores esenciales, tiene todavía un sentido moral y político correcto?

“El otro Occidente” es el título, muy interesante, del libro de Marcello Carmagnani publicado por el Fondo de Cultura Económica de México y el Colegio de México, en 2004, sobre “América Latina desde la invasión europea a la mundialización”. Es un libro que se ocupa de la historia de la occidentalización de América Latina, después de su descubrimiento en 1492, por Colón, y en 1500 con Pedro Álvares Cabral (Brasil) hasta nuestros días. Es un largo período de cinco siglos de interacciones económicas, sociales, políticas y culturales que llevaron los protagonistas latinoamericanos a escoger ciertas opciones colectivas y finalmente a convertirse en sujetos activos en el proceso de occidentalización. Como dice el ilustre autor de El Otro Occidente (cito): “en cierta medida, el mundo latinoamericano llegó a influenciar de manera positiva la evolución del mundo occidental a través de una constante interacción entre la dimensión nacional e internacional”.

Un famoso periodista francés de Le Monde, ya fallecido, Marcel Niedergang, describió en un libro que causó alguna sensación en los años setenta, “las veinte américas latinas”. En realidad, la singularidad de cada uno de los Estado-Nación latinoamericanos, de México a Brasil, para nombrar los más grandes, pasando por Colombia, Argentina, Chile, Perú, Venezuela y Bolivia, por los países de América Central y el Caribe, es algo que se impuso por la diversidad. Las diferentes expresiones demográficas y etnográficas, las realidades históricas, las evoluciones políticas, tan bien diferenciadas, las diferentes potencialidades económicas y los recursos naturales y la propia diversidad geográfica y de clima, manteniendo en relieve la singularidad de cada Estado latinoamericano, cada uno con su identidad.

Sin embargo, se impusieron igualmente líneas comunes, que de alguna manera unificaron todos los Estados de América Latina y la solidaridad que les hace soñar con una especie de integración económica, social y cultural: sin cuestionar cada uno de los Estado-Nación, de cierta forma semejante a la Unión Europea.

Cuales son esas líneas comunes? Bajo mi punto de vista son: el choque cultural que, a comienzos del siglo XVI resultó del encuentro histórico entre las civilizaciones autóctonas de América Latina (más o menos articuladas y muy diferenciadas entre ellas) y los pueblos ocupantes y después colonizadores, llegados desde la Península Ibérica (España y Portugal), pueblos que impusieron sus lenguas con algunas variaciones: el español (castellano) y el portugués; su religión común (el catolicismo, en esa época, intolerante e inquisitorio, pero con algunas marcas de humanismo en relación a las poblaciones originarias, tan diferentes entre sí).

Por otro lado, los pueblos ibéricos que se cruzaron en cierta medida con las poblaciones locales y las poblaciones africanas, traídas a la fuerza para hacer el trabajo esclavo necesario para la economía de entonces. Los ibéricos crearon también sociedades miscibles y multiculturales, con estructuras jurídico-políticas y religiosas calcadas de sus raíces ibéricas.

Se puede decir que la gran mayoría de los países latino-americanos habla español o portugués, idiomas cercanos y comprensibles entre ellos, lo que hoy constituye un conjunto lingüístico en expansión, hablado por cerca de 800 millones de seres humanos (220 millones portugués, 550 millones español), en los cinco continentes, lo que representa más de la décima parte de la población de la población mundial. Lo que no es poco!

En América Latina hay obviamente otras incursiones lingüísticas; como por ejemplo el francés, el inglés y el holandés, dominante en ciertos Estados como en la Guyana, Martinica, Haití (francés) en Jamaica o en los Barbados, el inglés y en Surinam, el holandés, además de ciertas lenguas autóctonas que persisten. Los grandes lingüistas mundiales afirman que los idiomas autóctonos no deben morir porque con ellos morirían maneras originales de interpretar el Mundo...

El siglo XIX fue para América Latina, época de independencia de los Estado-Nación, estimulados por la independencia estadounidense, a finales del siglo XVIII y de la Revolución Francesa algunos años más tarde. Este proceso de construcción de diferentes identidades nacionales, cada una de ellas compleja y diferenciada, por el tiempo y por la manera de obtenerla, pero tuvo como consecuencia, una efectiva emancipación de los colonizadores ibéricos.

Al mismo tiempo, en 1823, el Presidente norteamericano, James Monroe, definió el principio de "América para los americanos", buscando, a través de esta política, destruir los sueños integracionistas de varios países latinoamericanos intentando profundizar sus divisiones, para mejor dominarlos a nivel económico, en una especie particular y pionera de neo-colonialismo económico.

Esta situación que se agravó durante el siglo XX, con altos y bajos, acarreó conflictos, resistencias, intervenciones directas e indirectas, antagonismos que se sucedieron, de diversas formas y que en parte explican el subdesarrollo, las derivaciones militaristas, las contradicciones, las luchas y, por parte de algunas elites económicas, un cierto mimetismo cultural derivado del "imperio".

Los años 80 aportaron transiciones democráticas pacíficas un poco por toda América Latina. La Revolución de los Claveles en Portugal, en abril de 1974, y la transición democrática negociada española después de la muerte de Franco, facilitaron las diversas "transiciones", en la medida en que los norteamericanos entendieron, antes del final de la "guerra fría", que las viejas dictaduras conservadoras podían convertirse en democracias sin caer dentro de la influencia soviética...

Con el fin del mundo bipolar y el intento de generalización a escala planetaria de la globalización económica neo-liberal, fomentadora de grandes desigualdades sociales y de pobreza –y que pretende identificar el libre mercado con la democracia, lo que es un grave error– todo cambió radicalmente.

La revolución tecnológica e informática y el apareamiento del fenómeno de la ciudadanía global fueron también un factor de transformación enorme en la vida política y social de las sociedades democráticas.

El 11 de Septiembre de 2001 reveló el horror del terrorismo global, un flagelo para el Mundo que mostró igualmente la vulnerabilidad del Estado Norteamericano, a pesar de todo su poderío militar. Desencadenó una vaga mundial de solidaridad a favor de la superpotencia atacada. Pero los errores estratégicos imperdonables cometidos por la Administración Bush para combatir el terrorismo, con la intervención en Afganistán (al abrigo de la OTAN, un precedente muy peligroso) y la invasión y ocupación de Irak (sin el aval de las Naciones Unidas) no sólo fueron ineficaces, sino que fomentaron el terrorismo. En realidad, Irak está siendo un campo de entrenamiento de “terroristas” a escala planetaria. Y, al mismo tiempo, la política estadounidense desacreditó los valores que proclaman, sin respeto por el Derecho Internacional y marginando las Naciones Unidas, con las teorías de la “guerra preventiva” y de la unilateralidad, perdieron la autoridad moral y la credibilidad que hasta entonces le era reconocido.

En el desprestigio moral y político de los Estados Unidos bajo la administración Bush -como también de la Unión Europea por subordinación de sus dirigentes ante los Estados Unidos--, no se puede olvidar la Cumbre de las Azores, donde cuatro responsables occidentales mintieron a sus pueblos sobre las razones de la guerra contra Irak – esto es algo muy grave para el Occidente. Es algo que no debemos olvidar fácilmente. Esto explica un poco la arrogancia hacia cualquier país que hoy en día se permita desafiar la potencia hegemónica – cuyas fragilidades fueron puestas a la prueba – como en el caso de Corea del Norte y de Irán, entre otros países. Otra consecuencia de este desprestigio, es el realineamiento de las potencias mundiales a nivel planetario. No sólo los países llamados emergentes, los BRICs: Brasil, Rusia, India, China, sino también Japón, Indonesia, Sudáfrica y obviamente, Ibero-América, cuyos “hispanicos” empiezan a ser una preocupación mayor – como dice Samuel Huntington – para los Estados Unidos, protestante, blanco y anglosajón.

Es bastante curioso que los Estados Unidos descuidaran un poco la tradicional vigilancia en relación a sus vecinos del sur. Esto facilitó una cierta evolución positiva – en el plan económico, social y político – de América Latina en su conjunto, y sobretudo del Mercosur y los países de la Región Andina. Todo está en desarrollo acelerado y se presiente un esfuerzo de integración solidaria – con el claro

respeto de las identidades nacionales – lo que me parece de gran significado y que la Unión Europea debe acompañar y ayudar.

Por eso, me parece que el modelo neo-liberal de desarrollo está siendo cuestionado, dando cabida a tesis reformistas, moderadas y radicales. La cuestión social, la pobreza y las políticas capaces de enfrentar los problemas de salud, educación y el bienestar de las poblaciones, parece ser la preocupación dominante. La globalización no puede beneficiar a los países ricos e imponer políticas financieras demasiado pesadas a los pobres. Los países latinoamericanos, con sus enormes riquezas naturales, cansados de pagar los intereses de las deudas, buscan un modelo de desarrollo sostenible con una dimensión social – de manera a fomentar sociedades más igualitarias y justas – y una dimensión ambiental, hoy en día de una importancia decisiva para la supervivencia del planeta.

Es este viraje, que lo encontramos un poco por todas partes, que puede acercar a los países latinoamericanos de la Unión Europea, con su modelo social y también su preocupación ecológica. Pero es necesario que la Unión Europea entienda qué es lo que los países latinoamericanos esperan de ella y que sea capaz de tener una geoestrategia autónoma en relación a los Estados Unidos y también renunciar a algunos de sus intereses egoístas.

América Latina tiene por delante una gran oportunidad de cambiar y no la puede perder. El reformismo económico, social y ambiental, desde mi punto de vista, es el camino indicado, el único que puede conducir a la paz y al progreso. Por eso, el apoyo de la Unión Europea es esencial. Pero también es necesario que el reformismo moderado (introducido en países como Chile, Argentina, Brasil, Uruguay, entre otros) no entre en conflicto con el radicalismo populista (mestizo o indígena) como el que existe en Venezuela o en Bolivia y que puede transmitir a otros países como México (si la situación se complica) o Ecuador, si las elecciones marcadas para el próximo día 15 de octubre dan la victoria al candidato Rafael Correa. Es decisivo para el futuro próximo de América Latina que las dos corrientes de izquierda se puedan entender y ayudar recíprocamente.

Yo creo que este acuerdo puede contar con la comprensión y el apoyo de los Estados ibéricos – Portugal y España – y de los otros miembros de la Unión Europea, aunque tengan prioridades diferentes. Es importante para Europa – y su futuro –, para el Occidente y para el mundo, lleno de inseguridad y de inquietud como el nuestro, en el comienzo de este perturbado siglo XXI.

Biarritz, 5 octubre 2006

Je commence par remercier M. le Maire de Biarritz, M. le Sénateur Didier Borotra et le Président Ernesto Samper, cher Ami, de l'invitation si aimable pour participer dans le prestigieux 7^{ème} Forum de Biarritz. C'est pour moi un honneur et un plaisir d'être parmi vous, dans ma triple qualité citoyenne de portugais, d'ibérique et d'européen, très attentif à la réalité si complexe latino-américaine.

J'ai toujours pensé que le développement des relations économiques, politiques et culturelles entre l'Amérique Latine et l'Union Européenne est mutuellement avantageux – je dirais même plus, essentiel – dans les deux sens : pour l'Union Européenne et pour l'Amérique Latine, deux des pôles différenciés mais avec beaucoup de racines communes dans l'entité qu'on appelle l'Occident, dont le premier pôle est, naturellement, les Etats-Unis. Les divers peuples de la Péninsule Ibérique – et aussi ses deux États, l'Espagne et le Portugal – ont, par des raisons historiques, linguistiques, culturelles et géopolitiques, une sensibilité spéciale pour comprendre cela. Mais les autres pays du sud de l'Europe et même du centre, comme la France, l'Allemagne et le Royaume Uni, ont été aussi, par des raisons historiques et par les fluxes de ses immigrations, aujourd'hui dans les deux sens, beaucoup attirés par le rapprochement avec l'Amérique Latine.

Dans un monde qui a perdu le sens d'un ordre mondial cohérent – et quand ce nouveau siècle devient de plus en plus complexe – auquel la globalisation économique et ses conséquences négatives pour plusieurs régions et le terrible phénomène du terrorisme global, sont motifs d'énormes incertitudes et de pas mal de polémiques et de préoccupations qui font rapprocher les trois pôles de l'Occident – Etats-Unis, Union Européenne et Amérique Latine – malgré son manque d'unité et de solidarité, essentielles pour l'avenir de l'Occident. Ses valeurs, qu'on disait communs, ont perdu crédit par le manque de respect des Etats-Unis en conséquence de la « guerre » contre le terrorisme et de l'invasion de l'Irak sans l'aval des Nations Unies... En effet, les prisons de Guantanamo et de Abu Ghraib, les tortures des prisonniers, détenus pendant longs mois, sans procès, sans accusation préalable et sans avocat, les vols secrets transportant des présumés terroristes et l'existence, reconnue par le Président Bush, des prisons secrètes en territoires étrangers, représentent des vrais attentats contre le Droit International et les Droits Humains qui mettent en cause les fondements mêmes de notre civilisation occidentale. Mais nous devons aussi critiquer l'omission de l'Union européenne devant tout le conflit du Moyen-Orient. On peut même se demander si l'Occident, comme expression qu'implique un ensemble de valeurs essentielles, a encore un sens moral et politique concret ?

« El otro Occidente » c'est le titre, très intéressant, du livre de Marcello Carmagnani, publié, en 2004, par le Fondo de Cultura Economica de Mexico et le Colegio de México, sur « l'Amérique Latine depuis l'invasion européenne jusqu'à la mondialisation ». C'est un livre qui s'occupe de l'histoire de

l'occidentalisation de l'Amérique Latine, depuis la découverte en 1492, avec Collon et en 1500, avec Pedro Álvares Cabral (le Brésil), jusqu'à nos jours. C'est une longue période de cinq siècles d'interactions économiques, sociales, politiques et culturelles qui ont amené les acteurs latino-américains à élire certaines options collectives et finalement à devenir sujets actifs dans le procès de l'Occidentalisation. Comme dit l'illustre auteur de El otro Occidente (je cite) : « de cette manière le monde latino-américain est arrivé à influencer positivement l'évolution du monde occidental à travers une constante interaction entre la dimension nationale et la internationale ».

Un très connu journaliste français de Le Monde, déjà décédé, Marcel Niedergang, a décrit dans un livre qui a fait une certaine sensation aux années soixante-dix, « les vingt Amériques Latines ». En réalité, la singularité de chacun des États-nation latino-américains, du Mexique au Brésil, pour nommer les plus grands, en passant par la Colombie, l'Argentine, le Chili, le Peru, le Venezuela et la Bolivie, sans oublier les pays de l'Amérique Centrale et des Caraïbes, c'est quelque chose qui s'impose par sa diversité. Les différentes expressions démographiques et ethnographiques, les réalités historiques, les évolutions politiques, aussi bien différenciées, les diverses potentialités économiques et ressources naturelles et la diversité même de la géographie et du climat, mettent en relief la singularité de chaque État latino-américain, chacun avec son identité.

Et, néanmoins, ils s'imposent également par des traits communs qui, à sa manière, unifient tous les États de l'Amérique Latine et la solidarité qui les font rêver d'une sorte d'intégration économique, sociale et culturelle, sans mettre en cause chaque État-nation, de quelque forme semblable à l'Union européenne.

Quels sont ces traits communs ? De mon point de vue, sont les suivants : le choc culturel qui, au début du XVIème siècle s'est produit en résultat de la rencontre historique entre les civilisations autochtones de l'Amérique Latine (plus au moins articulées et très différenciés entre elles) et les peuples occupants et, après, colonisateurs, venus de la Péninsule Ibérique (Espagne et Portugal), peuples qui ont imposé ses langues, avec quelques nuances - l'espagnol (le castillan) et le portugais -, sa religion commune, le catholicisme, intolérant à cette époque-là et inquisitorial, mais avec quelques traits d'humanisme par rapport aux populations originales, si différentes entre elles.

D'autre part, les peuples ibériques se sont croisés avec les populations locales et avec les populations africaines, amenées de force pour faire les travaux esclaves nécessaires aux économies d'alors. Les ibériques ont créé aussi des sociétés métissées et multiculturelles, avec des structures juridiques, politiques et religieuses plus ou moins décalquées de ses racines ibériques.

On peut dire que la grande majorité des pays latino-américains s'exprime en espagnol ou en portugais, des langues très proches et compréhensibles entre elles, qui constituent aujourd'hui un

conjoint linguistique en expansion, parlé par environ 800 millions d'êtres humains (plus de 200 millions le portugais et 550 millions l'espagnol), dans les cinq Continents, ce qui représente plus d'un dixième de la population mondiale. Ce que n'est pas peu de chose !

En Amérique Latine il y a évidemment d'autres langues parlées officiellement, comme le français (la Guyane, la Martinique, l'Haïti, etc.), l'anglais (la Jamaïque ou les Barbados, etc.) et encore l'hollandais (au Suriname), au de-là des langues autochtones que persistent. Il faut, d'ailleurs, noter que les grands linguistes mondiaux soutiennent que ces langues ne doivent pas mourir parce que, avec elles, risqueraient aussi de disparaître des manières originelles d'interpréter le Monde...

Le XIXème siècle a été pour l'Amérique Latine le temps des indépendances des États-nation, stimulées par l'indépendance américaine, à la fin du XVIIIème siècle et par la Révolution française, quelques années plus tard. Ce procès de construction des différentes identités nationales a été complexe et très divers, dans le temps et dans la manière de l'achever, mais a eu, comme conséquence, une effective émancipation des colonisateurs ibériques.

En même temps, en 1823, le Président américain, James Monroe, a défini le principe de «l'Amérique pour les Américains » cherchant, avec cette politique, à détruire les rêves intégrationnistes de certains pays latino-américains, et en essayant aussi d'approfondir ses divisions pour mieux les dominer, sur le plan économique, dans un genre particulier et pionnier de néo-colonialisme économique.

Cette situation, qui s'est aggravée pendant le XXème siècle, avec des hauts et des bas, a naturellement apporté des conflits, des résistances, des interventions militaires directes et indirectes, des antagonismes que se sont succédés, de plusieurs formes et qui expliquent, en partie, le sous-développement, les dérives militaristes, les contradictions, les luttes et, du côté de quelques élites économiques, un certain mimétisme politique et culturel de l' « empire ».

Au XXème siècle, les années quatre-vingt ont apporté les transitions démocratiques pacifiques un peu partout en Amérique Latine. La Révolution des Œillets, au Portugal, en avril 1974, et la transition démocratique accordée en Espagne, après la mort de Franco, ont facilité ces différentes « transitions », dans la mesure où les Américains ont compris, avant la fin de la « guerre froide », que les vieilles dictatures conservatrices pourraient se convertir en démocraties sans tomber sur l'influence soviétique...

Avec la fin du monde bipolaire et l'essor de généralisation, à l'échelle planétaire, de la globalisation économique néo-libérale, qui a aggravé les grandes inégalités sociales et la pauvreté – et

qui prétend identifier le livre marché avec la démocratie, ce qui est une grande erreur – tout a changé radicalement.

La révolution technologique et informatique et l'apparition du phénomène nouveau de la citoyenneté globale ont été aussi une transformation énorme dans la vie politique et sociale des sociétés démocratiques.

Le 11 septembre 2001 a révélé l'horreur du terrorisme global, un fléau pour le monde, qui a montré aussi la vulnérabilité de l'État américain, malgré tout son pouvoir militaire. Il a déclenché une vague mondiale de solidarité en faveur de la hyper-puissance attaquée. Mais les erreurs stratégiques inexcusables commis par l'administration Bush, dans le combat contre le terrorisme, avec l'intervention en Afghanistan (à l'abri de l'OTAN, un précédent très dangereux) et l'invasion et occupation de l'Irak (sans l'aval des Nations Unies) non seulement ont été inefficaces comme ont encouragé le terrorisme. En effet, l'Irak est devenu un champ d'entraînement de terroristes à une échelle planétaire. Et, en même temps, la politique américaine, en décréditant les valeurs qui elle a proclamé depuis toujours, en ne respectant pas le Droit International et en marginalisant les Nations Unies, avec les théories des «guerres préventives» et de l'unilatéralisme, a perdu l'autorité morale et la crédibilité que l'était reconnue jusqu'alors.

Or, le discrédit moral et politique des États-Unis, sous l'administration Bush – et aussi de l'Union européenne par la subordination de certains dirigeants vis-à-vis les États-Unis (on ne peut pas oublier le Sommet des Açores où quatre responsables occidentales ont menti à leurs peuples sur les raisons de la guerre contre l'Irak) - c'est quelque chose de très grave pour l'Occident. On ne peut pas oublier facilement cela. Ça explique un peu l'arrogance avec laquelle certains pays se permettent aujourd'hui de défier la puissance hégémonique – dont les fragilités sont maintenant évidentes – comme dans le cas de la Corée du Nord et de l'Iran, parmi d'autres. Une autre conséquence de ce discrédit c'est le réalignement des puissances mondiales au niveau planétaire. Non seulement les pays dits «émergents» - Brésil, Russie, Inde, Chine (BRIC) – mais beaucoup d'autres comme le Japon, l'Indonésie, l'Afrique du Sud et, évidemment, le monde latino-américain, dont les «hispaniques» commencent à devenir une préoccupation majeure – Samuel Huntington l'a dit – pour l'Amérique du Nord, protestante, blanche et anglo-saxonne...

C'est assez curieux que l'Amérique du Nord ait négligé en peu la traditionnelle vigilance sur ses voisins du sud. Cela a facilité une certaine évolution positive – dans les plans économique, social, culturel et même politique – de l'Amérique Latine dans son ensemble, surtout au Mercosur et dans les pays de la Région Andine. Tout est en développement accéléré et on pressent un effort pour l'intégration solidaire – évidemment dans le respect des identités nationales – que me semble de grande signification et que l'Union européenne doit accompagner et aider.

Il me semble que le modèle néo-libéral de développement est contesté partout, donnant lieu à des thèses réformatrices, modérées ou radicales. La question sociale, la pauvreté et les politiques capables de faire face aux problèmes de santé, d'éducation et de bien être des peuples paraît devenir la préoccupation dominante. La globalisation ne peut pas bénéficier les pays riches en imposant politiques financières très lourdes aux pauvres. Les pays latino-américains, avec des énormes richesses naturelles, fatigués de payer les intérêts des dettes, cherchent un modèle de développement soutenable avec une dimension sociale – de façon à fomentier des sociétés plus égalitaires et justes – et une dimension environnementale, aujourd'hui d'une importance décisive pour la survivance de la Planète.

C'est ce virage, qu'on sent un peu partout, qui peut rapprocher les pays latino-américains de l'Union européenne, avec son modèle social et aussi ses préoccupations écologiques. Mais il faut que l'Union comprenne ce que les Latino-américains attendent d'elle et soit capable d'avoir une géostratégie autonome en relation aux Etats-Unis et aussi de renoncer à certains de ses intérêts égoïstes.

L'Amérique Latine est devant une grande opportunité de changer et ne doit pas la perdre. Le réformisme économique, social et environnemental est, à mon avis, le chemin indiqué, le seul qui peut conduire à la paix et au progrès. L'aide de l'Union européenne est essentielle pour cela. Mais c'est aussi nécessaire que le réformisme modéré (qui est en place dans des pays comme le Chili, l'Argentine, le Brésil, l'Uruguay, parmi d'autres) n'entre pas en conflit avec le radicalisme populiste (métissé ou indigène) comme existe au Venezuela ou en Bolivie et qui peut se transmettre à d'autres pays comme le Mexique (si la situation se complique) ou l'Equateur, si les élections du prochain 15 octobre donnent une victoire au candidat Rafael Correa. C'est décisif pour l'avenir prochain de l'Amérique Latine que les deux courants de la gauche puissent s'entendre et s'aider réciproquement.

Je pense que cette entente peut avoir la compréhension et l'aide des deux États ibériques – le Portugal et l'Espagne – et des autres membres de l'Union européenne, même s'ils ont des priorités différentes. C'est important pour l'Europe – et son avenir – pour l'Occident et pour le Monde plein d'insécurité et d'inquiétude qui est le nôtre, au début de ce troublé XXIème siècle.

Biarritz, le 4 octobre 2006